La silla marcada con tiza roja

Por Shyvirelle

El viernes en que empezaron a preparar el concierto, la directora de la escuela de música pidió que sacaran todas las sillas al centro del salón. Había que revisar las patas flojas, limpiar los respaldos y contar cuántas podían soportar una hora de niños inquietos. Cuando alguien levantó la silla de la tercera fila, apareció una raya de tiza roja bajo el asiento.

—Esa era la de don Aurelio —dijo Marta, la profesora de violonchelo.

Todos parecieron recordarlo a la vez: el maestro Aurelio sentado junto a la ventana, ajustando las cuerdas con la cabeza inclinada; Aurelio antes de que el invierno anterior se llevara su voz y luego su vida. La silla era de madera oscura, con patas más cortas que las demás y una pequeña muesca en el respaldo. La directora, Clara, había pensado colocar una placa con su nombre. Pero la raya roja la hizo detenerse.

En una carpeta de tapas azules se conservaba el inventario de la donación del maestro: cuatro sillas idénticas, asiento a cuarenta y seis centímetros del suelo, madera de haya clara. La silla oscura no se parecía a ninguna. Clara midió la altura del asiento: treinta y nueve centímetros.

—La habrá pintado —sugirió Marta—. Y cortado las patas.

—Puede ser. Pero una placa no debería depender de un «puede ser».

Acordaron dejarla en un rincón durante el ensayo. Al poco rato, una alumna pequeña, Leire, se acercó, se sentó y apoyó ambos pies en el suelo. En otra de las sillas, de la misma altura que las donadas, las piernas le quedaban suspendidas. Clara entendió la diferencia que siete centímetros podían hacer en una clase larga, aunque todavía no comprendía la marca.

El portero guardaba, detrás del salón, las herramientas del maestro. Don Aurelio reparaba atriles y clavijas sobre una mesa baja que casi nadie usaba ya. Clara quitó el polvo de un costado de la mesa y encontró una línea roja junto a una ranura. La marca quedaba a treinta y nueve centímetros del suelo. Por debajo había un frasco de tiza de carpintero del mismo tono apagado.

Clara puso la silla al lado de la mesa. La parte de arriba del asiento quedaba a la altura de la línea roja. Junto a la mordaza de madera había, además, una huella rectangular del ancho del asiento. Las señales encajaban con una silla ajustada en el taller, aunque no permitían saber quién la había ajustado.

—Una marca de trabajo, no una firma —dijo.

El lunes encontraron una caja de fotografías de antiguos conciertos. La primera mostraba a Aurelio al piano y cuatro sillas claras detrás. En la segunda, tomada dos meses después, la silla oscura ocupaba el extremo izquierdo; una niña tocaba la viola con los dos pies apoyados. En la tercera estaba junto al contrabajo. En la cuarta, detrás de una mesa de teoría. La muesca del respaldo permitía reconocerla incluso cuando el asiento quedaba oculto.

Marta creyó ver una respuesta.

—Aurelio la llevaba consigo de un aula a otra.

Clara extendió las fotos sobre el suelo por fecha. En la primera de las imágenes con la silla oscura, Aurelio estaba ausente: había viajado a un encuentro de orquestas. Un muchacho de camiseta a

rayas acercaba la silla a una alumna. En la foto siguiente, el mismo muchacho ajustaba otra con una llave pequeña. Y en el reverso de una tercera, alguien había escrito: «Ivo organiza los cambios de altura. Gracias por acordarte de todos».

Clara pidió revisar el programa de aquel año. Entre los nombres de los intérpretes figuraba Ivo Salas, de quince años, clarinetista. Al margen, con la letra del maestro: «Nos ayuda con los bancos y con el orden de las sillas». Nada decía que Ivo las hubiera fabricado o que fueran suyas; tampoco hacía falta atribuirle lo que no se sabía.

Sin embargo, las fotografías revelaban algo más concreto. Clara colocó una hoja transparente sobre cada una y marcó las posiciones de las sillas bajas, reconocibles por la forma del respaldo o por un trozo de cinta junto a una pata. De un concierto al siguiente no ocupaban siempre el frente ni siempre el fondo. Cambiaban según quién fuera a tocar. En las anotaciones de ensayo aparecían flechas y dos palabras: «pies al suelo».

Leire miró la secuencia con interés.

—Entonces, ¿no la guardaban para el maestro?

—No —respondió Clara—. La movían para quien la necesitara.

—¿Y por qué todos dicen que era suya?

Clara pensó en Aurelio, que había sido la persona más fotografiada de aquella sala. Había coincidido con la silla en muchas imágenes, y el recuerdo había terminado de hacer el resto.

Cuando llamó a Ivo, encontró a un hombre que reparaba instrumentos en otra ciudad. Él recordaba la mesa baja, la tiza roja y los turnos de ayuda. No recordaba haber hecho aquella silla en particular.

—Nos enseñó a medir primero —dijo—. Una vez, una compañera pasó un ensayo entero sin alcanzar el suelo. El maestro dijo que no iba a volver a suceder. Éramos tres los que movíamos sillas. Yo me encargaba de apuntar dónde estaban.

—Voy a explicar lo que encontramos —le dijo Clara—. ¿Te gustaría que apareciera tu nombre?

Hubo una pausa, como si él estuviera pensando en el sonido de esa pregunta.

—Que aparezcan los tres, si encuentra a los demás. Si no, diga simplemente lo que hacíamos. Y deje la silla donde sirva.

La víspera del concierto, Clara guardó la placa que había pensado colocar. Preparó un pequeño texto para el tablón de la escuela: las medidas distintas, las fotos en orden, las marcas de la mesa, los nombres que podían confirmarse y los que quedaban por localizar. No convirtió una hipótesis en una certeza. Invitó a Ivo a revisar aquella explicación antes de exhibirla.

A la hora del ensayo, Leire entró con su violín. Sin preguntar por la historia de nadie, buscó la silla oscura y la llevó hasta su atril. Marta le ajustó la partitura. Clara contempló cómo apoyaba los pies, cómo acomodaba el arco y cómo empezaba a tocar sin tener que preocuparse por la distancia al suelo.

La raya de tiza seguía bajo el asiento. Nadie podía verla desde el público. Aquella tarde tampoco hizo falta.